
RECENSIONES

MARTÍN BENITO, José Ignacio

El Achelense en la cuenca media occidental del Duero.

Coed. C.E.B. "Ledo del Pozo" e I.E.Z.

"Florián de Ocampo"

Benavente, 2000, 272 pp.

Fuera de lo común. Esa es la única denominación posible para el esfuerzo editorial (y de otros tipos) del "Ledo" tras apenas una década de existencia. Dieciocho libros en los últimos cinco años: ¡una docena desde 1998! Y no por cantidad (que esa sobra en las publicaciones locales) sino por cualificación de sus contenidos: catálogos expositivos y monografías históricas, en gran medida estudios de aspectos inéditos o mal conocidos. He aquí el sentido y razón de un centro de estudios locales. De ahí que en esta ocasión sea también de celebrar la colaboración de las dos instituciones zamoranas de este tipo, el hermano menor junto al "Florian de Ocampo", en quien se inspira llegando a superarlo en ocasiones, con sana competencia y entusiasmo común.

Pese a la coedición, el libro de Martín Benito se incluye en la serie benaventana de las monografías, investigaciones doctorales iniciadas con el siglo XV (Beceiro Pita) y continuadas ahora con la sesuda tesis de quien fuera prehistoriador y componente de "los benitos", aquel círculo salmantino (confuso sólo onomásticamente, distinto en las trayectorias), y quien en estos momentos, se reconoce reconvertido a épocas de la historia menos remotas, más "periodísticas".

Malos tiempos para la Edad de la Piedra. A la deserción de muchos de aquellos entusiastas estudiantes que veían en ella el atractivo de la penumbra primigenia, de un *non plus ultra* de la retrospectiva arqueológica y, por qué no decirlo, la relativa comodidad de estudiar un asunto histórico delimitado habitual y viciadamente a la mecánica de un análisis tipológico, se une ahora el lento resquebrajamiento y desplome —¿voladura controlada?— de los modelos franceses de entresiglos y de los esquemas epistemológicos que llegaron a identificar un montón de guijarros con la "civilización achelense". Por eso resulta especialmente aventurado (y de agradecer) seguir escribiendo sobre el particular y más necesario, pues, que antes, que tan fácil era, sabiendo que un riguroso y costoso trabajo puede estar en el punto de mira de las sonrisas condescendientes y el gesto facilón de pretendidas superioridades intelectuales. Pues bien, ante este peligro Martín Benito responde con las mejores armas: he aquí un estudio correcto, clásico, descriptivo y enumerativo donde ha de serlo, conclusivo cuando corresponde, convenientemente ilustrado (lástima de fotos en B/N y de la firma de algunos excelentes dibujos) y con su aparato crítico en sitio y forma. Uno de aquellos viejos trabajos de extensión y recopilación, de esos que uno sólo aborda bajo la cándida tenacidad de la pre- y poslicenciatura pero sin los cuales ni se daría la ágil y licenciosa síntesis del cátedro, ni podrían generarse el absentismo o la posible radicalidad o revolución de los nuevos planteamientos. He aquí los cimientos. Construir sin ellos es levantar castillos en el aire.

Otra cosa es el empeño del autor, la catedrática que prologa y otros muchos en denominar *hendidor* lo que en correcto castellano más bien parece llamarse *hendedor* (que hiende, según la RAE), contribuyendo a conflictivas terminologías ya de por sí coloniales en exceso. De agradecer la recapitulación (algo reiterativa) a partir de la página 213, donde se desgranar las conclusiones, sin duda la parte más aprovechable del trabajo, aquella que ha de concitar mayores consultas. Únicamente añoramos una mayor implicación del autor en asumir riesgos interpretativos, la carencia de perspectivas antropológicas arriesgadas que si bien no se amparen estrictamente en los datos (rigor ya asumido en la primera parte del libro) sí fomenten tanto la interpretación como el debate. No suena correcto concluir diciendo que “la simplicidad técnica se mantiene debido a su eficiencia”, pues más eficiente suele ser una mayor complejidad. Suena a huida y cierre. En definitiva, habría que haberse mojado algo más, habida cuenta del carácter epigonal del trabajo en la producción científica del autor, de la licencia para enmendarse a uno mismo la plana tras años de pérdida de aquella inocencia inicial y de lo innecesario ya de un ilusorio pudor académico. Pero, por encima de todo ello, y de cualquier modo, enhorabuena, pues hay que retorcerse mucho para cuestionar un trabajo sólido, canónico y eficiente. Eficiente pero no simple, ni técnica ni científicamente.

LUIS GRAU LOBO